

# Historia del Vicariato de Hunan y sus trastornos desde su fundación hasta el año 1889, por el P. Benito González

COMENTARIO Y TEXTO

POR

TEÓFILO APARICIO, O. S. A.

V (\*)

En octubre el P. Saturnino recibió el Breve de su nombramiento para Provicario y el oficio de ídem para Vicario Provincial.

(En este mismo mes ya se encuentran dos cartas de dicho padre escritas al recién llegado Ministro español, señor de Alba Salcedo y otra al Ministro francés. La contestación del Ministro español con otras cartas del mismo, a alguna de las cuales el P. Saturnino no ha contestado por creerla hipócrita, se hallaban en nuestro Archivo de Jancou. El estilo de ellas no puede ser más sincero. Es cierto que en la primera excediéndose el señor Salcedo en sus atribuciones y mal informado, creyendo ser nues-

---

(\*) Véase ARCHIVO AGUSTINIANO, enero-abril 1953, págs. 41-56.

tro Vicariato Misión francesa, ordenó a los españoles que se saliesen mientras duraba la guerra con Francia; pero una vez bien informado dió inmediatamente una satisfacción la más sincera que podía.)

Días antes de recibirse en Jancou el nombramiento del Provicario, el bendito P. Agustín subió también a Se-sueitien, dejando al P. Saturnino encargado de la Procuración. En aquellos montes, yendo a poco de llegar a con-fesar un enfermo, fué asaltado por un grupo de malhe-chores que en ademán amenazador se echaron sobre él y le despojaron de lo poco que tenía hasta no dejarle más que la ropa blanca interior que llevaba puesta, en tiempo que ya se dejaba sentir bastante frío (diciembre) y en paraje en que el viento sopla que seca los huesos. Con ropa prestada se fué inmediatamente a hacer reclamación al tribunal de Semen, y ante el mandarín mostró tal valor y serenidad de ánimo que consiguió sobrecogerle.

En noviembre el P. Saturnino vendió la casa y terreno que para refugio de los Misioneros en tiempo de perse-cución había comprado el P. Elías. (Y por cierto que muchas veces después nos ha hecho grandísima falta.)

1835. En febrero de 1835 por mandato del P. Provicario bajó el P. Luis a Jancou con el hermano Fr. Pedro. En el mismo mes se encuentra otra carta del P. Provicario al Ministro francés.

Por este tiempo el ferviente católico y honrado Caba-llero español señor Salcedo trabajaba con empeño porque se nos reivindicaran nuestros derechos y se nos pusiera en posesión de los bienes que injustamente se nos habían arrebatado. Y para abreviar más en la ejecución de sus ardientes deesos, nombraba agente consular al cónsul in-glés de Jancou concediéndole para este efecto amplias facultades. Y mientras éste libraba magníficos pasaportes para cada uno de los misioneros españoles y desenvolvía los hechos con actividad no conocida desde que *Galla* ha

introducido aquí lo que vanamente han dado en llamar protección, el Ministro español, desde Pekín, hacía enérgicas reclamaciones con éxito tan feliz que no hubo un punto en que no consiguiera lo que pretendía: y aun como si presintiera que no nos había de bastar lo que entonces hacía, escribía pidiendo que si teníamos todavía alguna otra causa pendiente se la expusiésemos, con tal que hubiese algún documento o razón en que apoyarse, porque estaba dispuesto, decía, a no cejar hasta no darnos plenamente libertad para poder sin traba de ningún género predicar en todo el Vicariato la Religión del Crucificado.

(Ocasión fué ésta la más propicia para poder zanjar la causa de Yuenchan y Sante, perdida en el primer período del señor Tiburcio, algunos de cuyos documentos datan desde hace más de un siglo; pero el P. Saturnino entonces tuvo la fatalidad de ignorar que existiesen tales documentos, y de no creer todavía al señor Salcedo. Era tanto lo que prometía y habíamos recibido tantos desengaños del anterior...)

Por Pascua de Resurrección recibió todas las órdenes desde Prima Tonsura hasta la de Presbítero inclusive el indígena de Sanjai que había cursado con los PP. Jesuítas los primeros años de su carrera y con nuestro P. Procurador los cinco últimos.

En abril el P. Provicario fatalmente persuadido de que nada podríamos conseguir del Ministro español se determinó a ir a Pekín a sacar pasaportes franceses. (Llegó a Pekín, se hospedó con los PP. Paules, vivió en Pekín hasta mediados de agosto, y hay quien dice que no visitó al señor Salcedo.)

(Mientras él esperaba en Pekín a que se firmara el nuevo tratado entre Francia y China, el Ministro español seguía trabajando y escribiendo dando cuenta de sus pasos al señor Arzobispo de Manila, al Capitán General de Filipinas y a nuestro P. Provincial (sin dar la menor

muestra de resentimiento en verse despreciado). A su vez el cónsul inglés de Jancou secundaba las miras del señor Salcedo y se daba tan buena maña que ya por el mes de junio escribía a Pekín el P. Luis, que estaba encargado de la Procuración, y repetía con instancia que las cosas iban de viento en popa y lo mejor que podía desearse; que no sacase pasaportes de Francia de ningún modo, porque de hacerlo nos haría rodar otros tantos años como veníamos rodando, porque España mercedamente rechazaría nuestras peticiones y nos trataría como gente sin seso; y de Francia nada podríamos conseguir jamás. Y no contento todavía el P. Luis con esto, temiendo que la carta llegase tarde, lo repetía por telégrafo añadiendo que todo estaba arreglado.

En junio llegó de Manila el P. Celedonio, poco después de terminada su carrera escolástica. (También se encuentran ya cartas suyas y aun partes telegráficos que abundan en el mismo sentir del P. Luis.)

El P. Provicario, acosado por las cartas que le llegaban de Jancou contra Francia, por una parte, y por otra instigado, por decirlo así, por los franceses mismos con quienes trataba en favor de Francia, vivía perplejo sin saber a qué lado inclinarse. Y para salir de su estado de perplejidad se dirigió a la Sagrada Congregación preguntando qué pasaportes había de sacar (pero hablando mal de su patria e informando muy bien de Francia). La Sagrada Congregación (como era de suponer) respondió afirmativamente (*juxta informata et desiderata*); y al fin (y a pesar de tantas cartas y partes telegráficos del Padre Luis y del P. Agustín y del P. Celedonio y de cien más que hubiera habido (el P. Benito permanecía allá en su soledad ignorante de todo), el Provicario sacó pasaportes franceses.

Airosa volvía de Pekín a mediados de agosto (como si hubiese reportado un verdadero triunfo). Poco después

de su llegada escribió varias cartas al P. Benito y entre otras cosas le decía: «Espero no hemos de tardar mucho en darnos un abrazo y explayarnos juntos por las llanuras de Litchow...» Y en otra: «Dime si de tu bajada podrá o no seguirse algún perjuicio a la Misión, que en las llanuras de Litchow hay mies abundante aunque sea para cincuenta Misioneros.»

Un mes antes de su vuelta de Pekín había subido a Semen el P. Luis llevando en su compañía al nuevo sacerdote indígena y dejando al P. Celedonio al frente de la Procuración de Jancou.

En Semen permaneció todo este tiempo el bendito P. Agustín, urgiendo al mandarín diese entero cumplimiento a las órdenes que llegaban de la Corte y castigase a los que nos habían causado tantos vejámenes, haciéndoles además restituir lo que nos habían robado. En octubre se dió por terminado el litigio, recibiendo de mano del mandarín 600 taeles (unos 1.000 pesos aproximadamente) de indemnizaciones y consiguiendo que pusiera en la cárcel a tres de los más fieros enemigos. Además se legalizaron las escrituras de las casas (dos) y terreno de Sesueitien que dos años antes habían comprado en dos o tres ocasiones los PP. Elías y Saturnino a nombre particular; y el mismo mandarín les permitió radicarse en la ciudad de Semen.

En noviembre el P. Saturnino tomaba el vapor en Jancou para subir a Litchow, pasando antes por Tsenanpin donde se hallaba el P. Luis y siguiendo los dos juntos hasta Semen, donde residía el P. Agustín. Allí les expuso su parecer de entrar a fundar una residencia dentro de la ciudad de Litchow (y los dos padres se opusieron abiertamente a sus planes). Ya para este tiempo había hecho el P. Agustín las primeras diligencias para comprar la casa que hoy tenemos en Semen, y cuyas escrituras, hechas

poco después, andan sin sellarse hasta el día de hoy (Epifanía 1889) rodando por los tribunales.

También el P. Benito, movido por las antedichas cartas del P. Superior, dejaba en aquellos días su prolongado destierro, para bajar a ocultarse en el rincón de Cai-chi-chao, último término de las llanuras de Litchow. Luego de llegar, pasó tarjeta al mandarín saludándole, para evitar, si en adelante sucedía algún trastorno, no se excusara, como acostumbran, diciendo que nada sabía de su llegada. El mandarín contestó cortésmente al saludo. Después el mismo Padre escribía a Chintchoufu a un P. chino pidiéndole un modelo de edictos de los que acostumbran darse a favor de la Iglesia, con ánimo de presentarse al mandarín, si la necesidad le obligaba, a pedirle lo publicara. El P. chino envió el modelo a vuelta de correo (y con él acompañaba una carta en la que pícaramente le aconsejaba al dicho Padre que no se presentara al mandarín ni le pidiera edicto alguno, sino que esperase a que llegara el Rvmo. Provicario nuestro; porque había pasado por allí días atrás y había dicho que iba resuelto a entrar en Litchou, y él como Superior y más experimentado, de suponer era lo haría mejor. Después el que había traído la carta que era sobrino carnal del P. indígena dió más pormenores y dijo que los Padres aquellos estaban persuadidos de que no podíamos permanecer en la ciudad de Litchou, «porque el padre confía mucho en sus pasaportes, y con ellos solos, sin tomar otra medida alguna, cree tenerlo ya todo asegurado. Por aquí pasó; nada dijo ni preguntó; deseábamos darle un consejo, hasta le alargamos un cabo, preguntándole cómo pensaba haberse en tales o cuales circunstancias, y replicó que con tales pasaportes no había más que entrar de lleno...» Esto decían aquellos Padres más de dos meses antes de que ocurriera nada de los trastornos que después han sucedido).

Y fué esta la primera noticia que tuvo el P. Benito después de su bajada de haber salido de Jancou el Padre Provicario.

1886. El 8 de enero escribía ya desde Litchou el P. Saturnino diciéndole que por un tribunalista había sabido su llegada a Cai-chi-chao y que si le perturbaban allí se fuese con él a la ciudad. Ocho días después volvía a escribir desde el mesón donde se hallaba hospedado, que salía todos los días de paseo con tanta libertad como lo haría por los montes de La Vid (1). (En esos días fecho aquella famosa carta que salió en la Revista (2), donde se queja de falta de recursos, y en esos mismos días saludó al magistrado y mandarín de Litchou, respondiéndole los dos muy afectuosamente. En fin, todo iba al parecer a pedir de boca). También fué en esos días cuando recibió una comunicación del señor Salcedo en la que *ce por be* le daba cuenta de todos los pasos que había dado en favor de nuestra Misión, poniéndole toda la historia desde el principio hasta el fin y encargándole se presentara en el tribunal de Semen a cobrar a nombre del ya por este tiempo difunto P. Elías la cantidad de 70 taeles (100 se han perdonado) de indemnizaciones, conforme a lo decretado por el tribunal supremo. La posta china llegó antes, y para este tiempo ya el P. Agustín había recibido la expresada cantidad. (Entonces se convenció el P. Provicario de que aquel pequeño triunfo era debido a España y no a sus negociaciones con Francia (3).

(1) El P. Saturnino había cursado sus estudios teológicos en nuestro Colegio de Nuestra Señora de La Vid (Burgos), hoy perteneciente a la provincia nueva de España, y de ahí que recordara aquellos montes «de brezos y carrascales», donde solían recrearse los jóvenes profesos en las tardes de vacación.

(2) *Revista Agustiniana*, XI, Valladolid, 1886, 376.

(3) Ciertamente, el señor Salcedo, digno representante de España en el Imperio Azul, merece todo el agradecimiento, no sólo de la Provincia de Filipinas, sino de la Orden Agustiniana; pues a pesar

Viendo que los naturales de Litchou se mostraban pacíficos y que muchos iban y venían a todas horas ávidos de oír la doctrina evangélica trató de arrendar una casa y de hecho se escribió el papel de arriendo a últimos de enero. Esta casa era una de las mejores de Litchou, con un espacioso jardín.

(Llegó el año nuevo chino y, siguiendo las costumbres de estas tierras, hizo algunos regalos a los mandarines civiles y militares, pero se olvidó de la gente menuda que son quienes lo manejan todo. Recibió también muchas saluciones, y parece que por falta de quien supiera devolverlas no correspondió a ellas como debía. Hay quien dice que el yerro capital y principio de todos los otros fué el no haberse acompañado para establecer en la ciudad de algún chino de armas dar y tomar, que le hubiera sabido sacar de cualquier apuro. El que llevaba consigo era un rústico montañés, que, lejos de ayudarle, le enredó y le metió hasta la garganta y después le amenazó con dejarle solo si no salía pronto de allí, como al fin lo hizo vendiéndose villanamente a sus enemigos.)

El día 4 de febrero pasó por allí el P. Agustín tan enfermo y consumido que no podía ya sacar la voz del pecho y sólo hablaba resollando. El P. Saturnino bajó al río a despedirse de él, despedida que había de ser hasta la eternidad. Llegó el enfermo a Jancou y el médico de allí (inglés) le deshaució y dijo que tenía enteramente podridos los dos pulmones. De Jancou, al poco tiempo, se embarcó para Manila, donde murió entre sus hermanos la muerte del justo al tercer día de su llegada. El ángel del P. Elías, con quien tan unido había estado en vida, vino a llevar su alma y unirla con él otra vez y para

---

de no dar crédito a su sinceridad y al móvil que regía sus acciones, él siguió trabajando, pagando con bien los desdenes del Provicario, porque nuestros Misioneros recobrasen lo perdido y gozaran de la tan suspirada paz para propagar la fe de Cristo entre los hunanenses.

siempre en la compañía de la gloria. Descanse en paz (4).

Después de la partida del P. Agustín, el P. Luis se quedó en la residencia de Semen como punto más importante.

El día 6 de febrero era el determinado para pasarse el P. Provicario a la casa nuevamente alquilada, pero el día anterior el arrendatario le pasó una esquila diciéndole que por circunstancias que no eran del caso referir no le permitía pasarse a ella. Da el Padre parte al mandarín y contesta éste aparentemente bien, ordenando que prendan al arrendatario; mas éste no fué hallado. Empieza el «run-rum» y la gente del tribunal lo fomenta. (Con un poco de serenidad esto nada significaba, pero el Padre alarmó y ofició al cónsul francés pidiendo protección. Este, aunque bueno, tenía entonces prohibición expresa de su Ministro de cuidar de asuntos de Misioneros). Después que al Provicario le conocieron el flaco, excitaron a la gente a que se levantara tumultuosamente y diera sus desconciertos delante del mesón donde él permanecía, extendiendo inmundos papelotes anónimos por las aceras

(4) El P. Agustín Villanueva, compañero inseparable del primer Provicario Apostólico en Hunan, había nacido en la Villa de Pradoluengo (Burgos) y el 27 de agosto de 1848. A los 21 años de edad vistió el hábito agustiniano en el convento de Valladolid. Ordenado de sacerdote en septiembre de 1774, después de ejercer el cargo de Pedagogo, pasó a Filipinas en 1778, y al año siguiente a China en compañía del citado P. Suárez.

«No es de este lugar—leemos en el Ensayo del P. Vela—narrar los hechos heroicos realizados por el humildísimo P. Villanueva en la hoy República china. Siempre deseó la palma del martirio, y por conseguirla no cesó un momento en la lucha entablada contra el paganismo y malevolencia de mandarines y literatos. Bien puede decirse que su vida de misionero fué un continuado martirio; y en este sentido Dios Nuestro Señor satisfizo plenamente los deseos de su buen siervo. Herido de muerte, el P. Villanueva, en fuerza de los trabajos y privaciones cumplidos por la salvación eterna de las almas, entregó plácidamente su alma a Dios en nuestro convento de Manila (el 1 de abril de 1886), en donde se había retirado a recuperar sus fuerzas.» (P. Gregorio de Santiago Vela, *Ensayo de una Biblioteca Ibero-Americana*, VIII, El Escorial, 1931, 228.)

de la calle, injuriosos a nuestra Santa Religión y a sus Ministros. Demostraciones eran éstas parecidas a los espantajos que ponen en los sembrados para ahuyentar a los pájaros, y de las cuales los chinos se valen en mil ocasiones para amedrentar a alguno, pero de ordinario sin otro ulterior resultado, especialmente si se hacen en la ciudad y en presencia del mandarín como aquí.

El mandarín, tomando esas demostraciones como pretexto para sus dañados fines, pidió al Padre se retirara por unos dos meses y, entretanto, que él se lo dispondría bien todo y después le invitaría a que volviese. A lo que accediendo el P. salió precipitadamente para Semen, donde el P. Luis le hizo conocer la astucia del mandarín y le aconsejó que volviera inmediatamente, como lo hizo, hallándose a los tres días de vuelta en Litchou. Pero ya no quisieron recibirle en los mesones y no tuvo más recurso que retirarse al tribunal. De allí escribía a Cai-chi-chao al día siguiente, 27 de febrero, en estos términos: «Estimado P. Benito: Ayer llegué otra vez de vuelta de Semen; el P. Luis, conforme en todo con lo que tú sentías, me hizo ver palpablemente que éstas no son más que urdimbres de los mandarines para impedirnos el radicarnos aquí en la ciudad. Vengo dispuesto a no salir si no me sacan arrastrando.» Catorce días permaneció en el tribunal; casi diariamente se cambiaban cartas de Litchou a Cai-chi-chao y de aquí a Litchou. (No habían pasado cuatro días desde la primera carta, cuando aquel pecho poco ha tan valiente y animoso se hallaba tan acobardado cuanto no puede decirse. Una carta de Cai-chi-chao le decía: «acuérdate de lo que pensaban cuando tratabas de alistarte..., y de lo que tú mismo has dicho: «—Sine sanguinis effusione non fit remmissio»: «—Si tú eres el elegido para derramarla, dichoso mil veces». Y en otra: «No salgas; mira que de ti depende la suerte de nuestro Vicariato; mientras tú permanezcas, lo demás está segu-

ro; si dejas eso, la ola cundirá tanto que llegará aquí, alcanzará a Semen y lo arrollará todo, y ¿entonces...?» Y en otra: «Troquemos las cartas; yo me iré ahí y vente tú adonde yo estoy.» Pero en nada convino: ni en quedarse ni en cambiar. De Semen el P. Luis le escribía aconsejándole lo mismo.

El 9 de marzo señaló públicamente el día 12 para salir de la ciudad, y el 10 se levantó la turba y, a sus narices y para su mayor afrenta, destruyeron el mesón donde se había antes hospedado.

El 12 salió de la ciudad entre zumbas y silbidos, acompañado, por disposición del mandarín, de unos veinte hombres que por el camino iban pregonando que llevaban a un sentenciado malhechor. El día 15, desde el primer pueblo que se encuentra pasada la raya de provincia, llamado Monchachi, escribía a Cai-chi-chao: «Siento sobre mí un peso que me abrumba, y empecé a sentirle al salir de Litchou. Entonces me convencí que debía salir y ahora me convenzo de que debía haberme quedado. Días y noches las paso en pensar en el yerro cometido, sin poder por un instante divertir el pensamiento a otra cosa: hay momentos en que no sé lo que digo ni hago. ¡Adiós (sic), hermano querido, hasta Filipinas adonde tendremos que volvernos todos, o si no hasta la eternidad!» Bajaba a Jancou.

(A la misma hora de haber leído la carta, que era al atardecer, a pie y por una senda malísima, abierta por en medio de lagos y lodazales, y lloviendo a cántaros se puso en camino el P. Benito para encontrarse con él, temiéndose le trastornase por completo el juicio antes de llegar a Jancou. Le dió alcance al día siguiente entre ocho y nueve de la mañana, y a seis leguas próximamente de distante: le llevó consigo a Caichichao por ver de distraerle y en su compañía le tuvo cuatro días, al cabo de los cuales, todavía poco mejorado, volvió a proseguir su

camino hasta Jancou, adonde llegó a primeros de abril.)

El P. Benito permaneció todavía en su puesto, aunque en zozobra continua por lo rumores, crecientes cada día, que venían de Litchou y que al fin reventaron con explosión grandísima, como a continuación veremos.

*Historia de los sucesos de Caichichao* (5).

En el mes de diciembre de 1883, después de las revueltas acaecidas con motivo del terreno que había comprado el P. Benito, y cuya compra después se revocó por orden del P. Elías, el P. Saturnino, que había venido a sustituir a aquel Padre en Juentitse, mandó un sirviente a Caichichao para que a nombre de la Iglesia alquilase o comprase una pequeña casa, y en ella abriera una botica que sirviese como medio para atraer a la gente a oír la divina palabra y para incoar la obra de la Santa Infancia bautizando niños y echándolos al seno de Dios. Hízolo el muchacho todo fielmente con el P. se lo había ordenado, y antes de un mes la Iglesia poseía ya una casa con su botica.

En febrero de 1884 el mismo P. Saturnino fué a visitarla, y en ella pasó algunos días tranquilamente. Como la gente de Caichichao se mostraba por manera dócil, y el catequista boticario que se había puesto con frecuencia escribía pidiendo fuese un Misionero a vivir allí, porque había muchos que esperaban su venida para abrazar la Religión Católica, enterado de todo el P. Benito al pasar por allí cuándo bajaba de Se-tchuan, resolvió determinadamente quedarse si el Superior se lo permitía, recibiendo la sanción con la primera carta que el Superior le escribió desde Litchou.

---

(5) Como testigo presencial, el P. Benito nos va a narrar al detalle y gráficamente los tristes sucesos ocurridos en Caichichao. Ya conocemos, en parte, los trabajos que en este lugar hubo de sufrir nuestro héroe. No obstante, bien estará refrescar la memoria y alegrar nuestra mente y corazón escuchando ahora al mismo protagonista en la escena.

Acudieron, en efecto, muchos de la población a abrazar nuestra Santa Fe luego que vieron al Misionero radicado entre ellos; y esto le animó a arrendar otra casa que ofreciera mejores condiciones que la botica, como lo hizo en 18 de febrero del 86. Habían sucedido ya para esta fecha las primeras revueltas de Litchou, y los que en la ciudad resistían al Misionero, tampoco podían ver con buenos ojos que viviese tranquilo en la aldea. Así que desde entonces tampoco faltaron allí perturbadores hijos de Belial que, poniéndose en comunicación con los de Litchou, empezaron a sembrar cizaña y estampar denigrantes anónimos en las mismas calles públicas. Uno de estos papelotes que habían traído de la ciudad, el Misionero le arrancó de una pared cuando acababan de ponerle, y en ocasión en que un individuo de mal proceder le leía delante de no pequeño auditorio. De esto el Misionero dió parte al mandarín de Litchou, dirigiéndole una acusación en forma contra los revoltosos y pidiendo se les pusiera en raya; pero el mandarín no tomó providencia alguna.